el movimiento en la naturaleza sensible, es la operación en el espíritu. Un alma inactiva no vive, ó á lo menos es como si no viviera, porque no se da cuenta de lo que es, ni consigue el fin por el que recibió el ser del Supremo Hacedor; pues, según dicen los filósofos, *esse est propter operationem*, el ser está ordenado á obrar, y si esto no hace en vano lo tiene, y más es estorbo que embellecimiento de la creación. Ahora bien: la voluntad es en el hombre la señora de sus actos; por donde si ella está ociosa, todo él necesariamente ha de estar como paralizado y muerto é inútil para obrar; y siendo el amor la primera inclinación ó acto de la voluntad, síguese que donde él falte no puede haber vida; y así, para indicar que el amor es principio de la vida espiritual, justamente empleamos la metáfora, ó mejor el símbolo tomado del corazón, pues también éste es principio de movimiento y vida en el organismo humano.

Pero aún hay un enlace más estrecho entre el corazón y el amor espiritual. El apetito sensitivo y la voluntad radican en un solo supuesto ó persona humana, son facultades de un mismo ser y como tan parecidas en el objeto; pues ambas á dos apetecen el bien como tal conocido, no puede el acto de la una ser muy intenso sin que la otra se mueva también á obrar, redundando la acción ú operación de la una en la otra y tendiendo acordes, cada una á su modo, á un mismo objeto. Esta es la causa por qué las pasiones vehementes fácilmente arrastran tras sí la voluntad, y por qué es necesaria virtud heroica cuando desorde-

nadamente y con violencia nos inclinan á un objeto. También es ésta la razón por qué en los actos muy intensos de la voluntad casi siempre por redundancia toma parte el apetito sensitivo, y adunadas entrambas facultades crece la actividad y vitalidad de sus actos, ayudándose mutuamente á la consecución del fin. Mas esta influencia de la parte superior en la inferior del hombre, del amor espiritual en el amor sensible, manifiéstase primariamente de un modo palpable en el corazón, ora sea porque esté en él el órgano de las pasiones, ora por su exquisita sensibilidad en reproducir en sí y reflejar á lo exterior las más ligeras afecciones del alma. Lo cierto es que el amor espiritual, que redunda en el cuerpo, píntase en él con ígneos colores, con movimientos y palpitaciones sensibles, pero inexplicables, con caracteres de fuego que inflaman la sangre para que se delinee luego en el rostro con colores encendidos, en los ojos con llamas hechiceras, y en todo el semblante y en los ademanes exteriores de un modo que enternece y arrebata.

Y aunque es doctrina de San Juan de la Cruz que cuando el alma ha llegado á la transformación en Dios por amor, lo cual acaece perfectamente en el matrimonio espiritual, no redundan en el sentido las comunicaciones divinas consistentes de un modo principal en toques amorosos, subidísimos y substanciales que Dios hace en el alma y que la ponen como un ascua hermosísima y divina llama, todavía es cierto que naturalmente debía haber esta comunicación y redundancia, como la hay en los grados inferiores

de contemplación, en los éxtasis y raptos, y que la hubo en el Corazón de Jesucristo y de la Virgen sin los inconvenientes é imperfecciones con que suele ir acompañada esta influencia en los demás santos. La razón por qué en la suprema contemplación amorosa no toma parte el sentido, percibiéndose en él sus efectos, no es otra que la flaqueza del natural, porque el cuerpo corruptible no podría recibir las impresiones del alma, tan inflamada y transformada en el divino fuego del amor, sin deshacerse y aun reducirse á cenizas, á no ser que por particular dispensación fortificara Dios el natural y templara de tal suerte los divinos ardores que en él redundaran que más bien le fueran como un nuevo elemento de vida y como una aureola de luz, lo primero por el calor de la interior llama redundante en él con templanza deleitable, y lo segundo por los resplandores que esa llama envía á la inteligencia, y de rechazo enviaría también al sentido.

Esto precisamente aconteció á Jesucristo y á la santísima Virgen. Primeramente María, como inmune de la mancha original y de sus desastrosos efectos, era de complexión templadísima; y aunque pasible para poder así cooperar á nuestra Redención, ningún desorden ni trastorno natural podía haber en su naturaleza; y como sea cosa de natural perfección la harmonía entre el alma y el cuerpo, proveniente, como dicen los filósofos, de la comunión de operaciones y de la mutua influencia que entre sí ejercen sus actos, no era decoroso que en las divinas inflamaciones del alma de la Virgen no estuvieran de acuerdo y vibrasen á la vez el Corazón y la voluntad, y que al través del purísimo velo de su carne inmaculada no se trasluciera la divinal hermosura de calor y de luz en que su espíritu estaba transformado. Verdad es que estos incendios y resplandores se comunicaban al cuerpo con medida y que no siempre se ostentaban con la misma intensidad, particularmente en lo que se ve por defuera, ora por no llamar demasiado la atención de las gentes, ora porque su cuerpo virginal los pudiera más fácilmente sobrellevar sin menoscabo; pero aun así, abrasaba de continuo su Corazón un fuego vivificante que comunicaba ordinaria majestad, suavidad y belleza á las facciones exteriores.

Por otra parte, como dicen muchos santos, las fuerzas de esta Señora eran milagrosamente sostenidas para que no muriera con la vehemencia del amor, como también en el Calvario fueron sustentadas de un modo sobrenatural para que no acabara allí la vida á fuerza del dolor. De todo lo cual resulta que el Corazón de la Virgen manifestaba sensiblemente las inmensas llamas de su amor á Dios y á los hombres, y que se dibujaban en él con colores de fuego las altísimas operaciones, afectos y movimientos del alma. Y como sea verdad que lo palpable y visible nos impresione más fácil y hondamente que lo espiritual y que no se ve, porque nuestro conocimiento viene de los sentidos y nos es más connatural lo que por ellos aprendemos, de aquí que para representarnos el Se-

ñor el amor y la caridad incomprensible que nuestra Señora tuvo á Dios y á los hombres, y darnos de ella idea más cabal y acomodada á nuestra naturaleza, nos lo muestre bajo la figura sensible del corazón, como aquella en que de una manera más palpable se dejan sentir los efectos del amor. La ternura, la compasión, la dulzura y suavidad son las cualidades del amor que más nos hechizan y embelesan; y como éstas no se conciben sin la sensibilidad del corazón, fué necesario que el maternal amor de María á Dios y á los hombres se revistiese de semejantes atractivos, ofreciéndose á nuestro culto bajo la expresiva figura de su Inmaculado Corazón. ¡Cuánta sabiduría y amor no ha manifestado la divina Providencia al proponer á nuestra veneración el Corazón de tan tierna Madre!

FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

Innumerables son las gracias, tanto espirituales como temporales, que los devotos del Corazón Inmaculado de María alcanzan todos los días por medio de su santa Archicofradía. Para demostrar esta verdad, y al propio tiempo para avivar cada día más en nuestros corazones la grande confianza que debemos tener en tan bondadosa Madre, transcribiré algunas cedulitas de acción de gracias que se leen en los Ejercicios dedicados á honrar este purísimo é inmaculado Corazón.

La primera se obtuvo por nuestros archicofrades

de México, y las restantes corresponden á la reciente Archicofradía de esta corte y villa de Madrid.

" Juana Solórzano de Torres suplica á sus consocios de la Archicofradía la ayuden á dar gracias al inmaculado Corazón de María porque por su intercesión ha conseguido la salud de su esposo D. José Torres Torija, el cual, según diagnóstico facultativo, estuvo en inminente peligro de la vida ó de perder para siempre la mano derecha á consecuencia de haber sido atropellado por un coche de los ferrocarriles urbanos, triturándole la mano una de las ruedas del vehículo. „

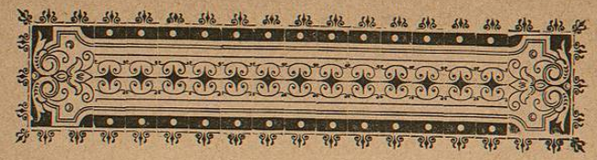
Dicho señor es uno de los jueces de lo criminal en la ciudad de México, socio de la Archicofradía, y actualmente se encuentra ya desempeñando su cargo, pudiendo escribir como antes con la mano derecha, contra lo que opinaban todos los facultativos. Favor que, tanto él como su familia, lo atribuyen á un beneficio del Inmaculado Corazón de María.

Las siguientes se deben á las oraciones de los piadosos archicofrades de esta capital de España. Dicen así las cedulitas:

" Una madre da gracias al Corazón de María porque, hallándose un hijo suyo casi en la agonía, éste ha sanado por completo después de encomendarle á las oraciones de los archicofrades y de haber aquélla prometido á la santísima Virgen que haría público su agradecimiento, dado que alcanzase la gracia solicitada, como hoy tiene el gusto de verificarlo, acompañando una pequeña limosna. „

"Una devota del Corazón de María le da gracias por haber logrado dos favores señalados: el uno consiste en haberse librado del peligro de deshonra que le amenazaba, y el otro haber sanado de una enfermedad que hacía años venía sufriendo."

"Suplico á los señores archicofrades den gracias á su inmaculada Madre por haber ésta proporcionado á una familia medios para salir de un grave conflicto en que se encontraba."



CAPÍTULO II

DESENVOLVIMIENTO DEL CULTO DEL CORAZÓN DE MARÍA

SUMARIO: El Corazón de María manifestando su misericordia en el título de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. — La Virgen del Carmen. — María en sus dolores. — Títulos de la letanía lauretanal — María, bajo el título de su Corazón, muestra á los hombres e. manantial de sus misericordias.

El culto de Nuestra Señora desde los primitivos tiempos del Cristianismo, se fué extendiendo y propagando por todas partes bajo diversos títulos, á cual más tierno y dulce, para inspirar confianza á los fieles. Tan varias invocaciones como en el decurso de los tiempos han servido de ferviente plegaria á los cristianos para atraer hacia sí su maternal protección, son otras tantas manifestaciones de las misericordias del Corazón Inmaculado de María, y al ofrecerse á nuestro culto en estos últimos tiempos bajo el regalado título de su Corazón, nos ha presentado la misma fuente y manantial de sus misericordias.

Ya desde los tiempos apostólicos María ejercía